
FLORESTA INFANTIL.

Periódico de niños de ambos sexos.

ROG.

I.

Nada era mas gracioso y mas encantador que Lucy: pequeña boca, pequeños ojos de esmalte de un azul claro, pequeña nariz, mejillas pequeñas, redondas y sonrosadas, cabellos blondos rizados; en una palabra, uno de aquellos niños mitad fruta y mitad carne que, segun la expresion dicha—sa creada por ellos, es preciso comerlos de cariño. Un sabio escritor los ha pintado con rara habilidad. La Inglaterra sola los produce como para consolarse de no tener melocotones. Es tambien el pais donde se roban mas niños. Lucy tenia 4 años:

adoraba las muñecas de Java las cuales son desconocidas en nuestro país; pero prefería los pasteles de almendra, y á Rog, á las muñecas negras.

Rog era un perro-lobo, no se de qué especie; de la mas fea presumo; una mezcla de lobo y de zorro; joven pero que prometia poco bajo su piel sucia y sus orejas informes á las que imprimía un movimiento extraño: cuando elevaba la derecha bajaba la izquierda, signo fisiológico de perro ladrón.

Sin embargo, apesar de su pelo áspero y sucio, sus patas sin proporcion con lo demás, su cola caída y en pincel, ó mejor, torcida á manera de garfio; apesar de sus ojos deslucidos ocultos bajo un bosque de crin; apesar de una especie de barbi-lla que un artista hubiera despreciado, Rog agradaba como todo lo que es joven, como los pequeños lagartos y las pequeñas serpientes.

Se oían gritos de alegría de la niña mezclados á los pequeños ladridos de Rog cuando se agarraban cuerpo á cuerpo; Lucy hundiendo sus dedos color de rosa y sus uñas en el vientre de Rog; Rog rodeando el muslo desnudo de la niña con sus patas sin uñas, Y ensayando sus dientes sin morder en la espalda de leche de Lucy. Despues desa-

parecian como una pelota de algodón y de erin, del sofá á la alfombra, de la alfombra á la alcoba, en la cual se embocaban para reaparecer en bola, envueltos con un chal, de circonvolucion en circonvolucion sobre la alfombra. Cuando estaban fatigados de sus juegos se dormian bajo este rollo, agitados por su calorosa y rápida respiracion.

De allí se les retiraba dormidos.

Mistress Philipps era una buena madre, aunque rica. Excelente madre! Se levantaba por la noche para ver si su hija estaba bien cubierta, si la fiebre no hacia mover sus pequeños labios, si la luz de la lámpara no se dirigia directamente á sus ojos. En el fondo estos temores no tenian nada de realidad y solo servian de ingenioso pretesto para besar el aliento de Lucy y llevar caliente en las suyas la impresion de sus pequeñas manos. Sarah, la doncella, amaba tambien á la niña con solicitud maternal. Estas dos mujeres estaban obligadas á mirarse mutuamente en su envidia de levantarse por la noche para correr á la cuna de Lucy.

El doctor habia prohibido á la una y á la otra estas escapatorias: á la madre, porque una enfermedad sobrevenida á consecuencia del parto, habia afectado de un res-

friado la pierna izquierda, á la doncella porque estaba amenazada de un reumatismo agudo. Bajo el golpe de esta vigilancia reciproca, y no habiendo tenido bastante precaucion; se encuentran una noche cara á cara á los pies de la cuna y se dicen con una especie de cólera:

—¿Qué venis á hacer aqui, señora? ¿Y vuestro resfriado? ¿Vos sabeis bien....

—¿Y vos, Sarah, por qué estais aqui? ¿Habéis olvidado vuestro reumatismo?

—He oido á la niña que lloraba, señora.

—Es falso, Sarah! Yo estoy vigilando hace ya dos horas y Lucy no se ha movido.

—Vamos, señora, por qué os encontrais aqui?

—Y los reproches se extinguieron contemplando á la niña radiante de sudor como un Mesias, porque los niños van al cielo cuando duermen y si no nos lo han dicho jamás, es porque se les ha olvidado.

Vos conoceréis á Sarah mejor que yo la pintaré. Tiene cuarenta y cuatro años y hace veinte que os sirve. Esta es la que os ha pascado sobre sus brazos en la gran pradera, y que sentia latir su corazon cuando detras de ella iban bellas damas diciendo: ¡Dios mio, que bello niño! Nodriza, quién es? ¿Cómo se llama? Todas hemos sido tan bellas! Un dia vos habiais roto un reloj; don-

de fuisteis refugiada? Vos conocéis á Sarah.

Una vez ya algo adelantada de edad llorabais, yo no sé por qué amor, hoy ya bien viejo en vuestro corazón.—Quién os ha consolado? Vos adquiríais premios en el colegio; recordad aquel en que bajando la calle de Santiago, mostrabais con alegría la servilleta blanca de donde sobresalían unas hojas de coronas y unos ángulos de libros. Al volver de vuestro viaje, después de haber abrazado á todo el mundo, encontrasteis una junto á la puerta, y dirigiéndose á vos, os dijo:

—Héme aquí no estoy muerta....—No es esta, Sarah?

El interior de Mistress Philipps respiraba aquella bella independencia de fortuna de la vecindad inglesa y de todas las vecindades europeas, hijas de la libertad y del comercio. Nada de demasia. Verdadero medio entre la nobleza y el pueblo. Poco de brillantez, mucho de orden, nada de muebles fastuosos pero platería y lienzo con profusión. Virtud de verdadero cristianismo, limpieza por todo, política esquisita con los domésticos, camas hechas para los nueve, gatos dormidos al fondo de los sillones, un loro dormitando sobre una sola pata, contra la pared unos cuadros que contenían estampas del Antiguo Testamento, los personajes llevan peluca parlamentaria y... en fin, todo anun-

ciaba unas costumbres puras, y reunidos bajo un mismo techo el silencio de un templo y la magestad de las almas cristianas.

Mistress Philipps no recibió en su casa despues de la muerte de su marido, mas que á su viejo doctor, personaje estremadamente grueso que no dejaba mas que un lugar en un canapé de tres plazas cuando ocupaba el rincon, y no dejaba lugar á nadie cuando se sentaba en el medio. Se llamaba Joung, sin haber por esto la menor semejanza con su melancólico homónimo.

Habia sido el doctor médico de Mistress Philipps, cuando era señorita, y lo habia sido en otro tiempo de su madre, lo que le daba una autoridad de abuelo en la casa. Confidente de las enfermedades del cuerpo, habia llegado sin indiscrecion, por el solo ascendiente de su posicion, al conocimiento de la displicencia del alma.

Amigo de la madre de Mistress Philipps, él es quien habia hecho casar á esta, habia aconsejado un prudente empleo á su fortuna, y es tambien el que ahora la consuela de la mala conducta y del abandono de su marido.

Su participacion á una union desgraciada le imponia el deber de dulcificar las malas consecuencias, deber que cumplia con el sacrificio de un padre condenado á reparar el error cometido con su hijo. Y cuando las

fuerzas de su protegida cedían al peso de sus desgracias, cuanto la irritación de su parte moral pasaba á la sangre y se cambiaba en una languidez febril, estaba aun allí para combatir la enfermedad con el arma de la ciencia como habia combatido la tristeza con la consolación. Le estaba casi siempre mostrando á Lucy, graciosa criatura que prometia ser fecunda en gracias y en belleza, y que contribuía á hacer aparecer una sonrisa de esperanza sobre los labios pálidos de Mistress Philipps.

El salvaba cada dia la muger, por la madre, como otras veces curaba un miembro, cuidando de otro. ¡Inconcebible facultad de su noble profesion! El doctor Joung ejercia igualmente aquella tierna paternidad de la ciencia en veinte casas diferentes sin cansarse de dirigir palabras afectuosas y buenas. ¿Es biensentido el sacrificio de este hombre que, cuando vosotros soñando en vuestra fortuna y en vuestros placeres, él sueña en vuestra vida que os vuelve sucesivamente despues de destrozada por los combates del mundo y de las pasiones? No lo creemos. Hay alegría para vosotros, no la hay para él. Una operacion precede á su sueño, una operacion sigue á su madrugada. Y no es necesario que su mano tiemble. Subrovaie embriagador es el agua. Vosotros os reis, él pien-

sa. Bailais vosotros al son de los instrumentos y á la claridad de las bugías, él recibe en sus brazos la joven esposa agoviada por los dolores del parto, tal vez provocado por el baile; pasará ocho ó mas horas de la noche, derecho, diciéndole: «Paciencia, señora; vos seréis luego madre!»—Todo está despachado, sale, pero un hombre con un farol en la mano le espera en el dintel de la puerta. Es preciso que le siga.

¿A dónde va?

La apoplegia ha herido á un anciano; he-
to ya cerca de él. El viene de dar á la vi-
da; él vá á salvar de la muerte. El rea-
nima al anciano en medio de una familia
que rodea su lecho con el corazón herido
por el peligro que amenaza á su padre, y
se apresuran á darle gracias por haberle
vuelto.

Esta es su existencia: un combate per-
pétuo con la destrucción; siempre ante la hu-
manidad que sufre, que pelagra, que está
pálida y agonizante. Y cuando el niño es
salvado, cuando el anciano vuelve á ver el
cielo, cuando la joven hija debe á su cien-
cia los hermosos colores que reaparecen en
su frente, se le dá una peseta por visita á
este ángel de la resurrección que recibe y
cambia sus visitas: ¿Habeis
contado sus cabellos blancos y sus arru-

gas?... Ah! ¡Una peseta!... Es verdad, que el entierro apenas cuesta mas que diez.

He dicho que no habia para él alegriss; he calumniado á su alma. El tiene una que vosotros no experimentaréis jamás: esta alegría es la que le resulta de haberos tomado en vuestro lecho, muy cerca de los bordes del sepulcro, de reanimar vuestros huesos molidos por el mal, de estender sobre ellos una primer cosecha de vida, de poner en primer lugar el blanco de la convalecencia sobre lo amarillo de la enfermedad, despues de colorar vuestros labios con la frescura de la salud devuelta, de haceros dar un paso en vuestro aposento apoyados sobre su espalda, despues dos, luego solos confiados á vuestras fuerzas; y su mas pura alegría, su última, es esta; y no lo dudeis, es la de veros sanos, alegres, fogosos, atravesar corriendo á caballo por un paseo, mientras que él, meditabundo, pero con dos sabios rayos en sus ojos os sigue á pié y os mira desde el paseo contiguo. El os ama como á una experiencia resuelta y como á hijos que le pertenecen.

Quando las largas veladas del invierno habian vuelto, el círculo de la chimenea no era mas grande. Una mesa puesta entre el doctor Joung y Mistress Philippos sobre la que se les servia el té, ocupaba el inté-

valo de dos butacas: Sarah también estaba sentada en un canapé, pero fuera del círculo para hacer mejor el servicio trayendo la leche ó el ron al doctor; Rog y Lucy jugaban delante del fuego.

— «Doctor, dijo una tarde Mistress Pilippss sirviéndole el té, yo quisiera asegurar la suerte de Lucy.

— «¿Mas, Señora?... la suerte de Lucy está asegurada: ella heredará vuestros bienes y haciendas despues de vuestra muerte. ¡Dios quiera alejarla lo mas posible!»

— «Sin duda; pero no ignorais que yo no estoy casada bajo el régimen de la comunidad, mi dote me pertenece en propiedad»

— «Y quiere V. disponer de él? ¿A qué fin? Pues qué, sin recurrir á esos medios forzosos no podeis sacar vuestras riquezas?»

— «Eso es verdad; pero no es tampoco ese el punto que al presente me preocupa.»

— «¿Y qué, pues?»

— «Se puede morir; esto se vé todos los dias.»

Sarah hizo un movimiento de impaciencia.

— «He aquí todavía, replicó el Doctor, vuestras sinistras ideas vueltas con la niebla. Ya lo esperaba. Veamos donde padeceis.»

Sarah puso un dedo sobre su frente sin ser vista por su dueña.

—«Yo no padezco, replicó Mistress Philipps con una sonrisa que expresaba lo contrario; pero está tan lejos la mayoría de Lucy... once años todavía...»

—«Y bien: ¡qué once años! vos vivireis y yo estaré muerto; esto es todo.»

—«Yo soy la que estaré muerta dijo Mistress Philipps con un acento de aflicción. Excelente señor Joung; vuestra obgecion me aflige mas que mi temor. Vuestra muerte ó la mía ¿qué sería una misma calamidad para Lucy á quien no quedaria mas que su padre? Y su padre!...»

—«Y bien, Señora, yo no moriré tan pronto; este es mi presentimiento á fé de Doctor. Pero no hablemos mas del particular.»

—Todavía una palabra, Doctor; vos que sois partidario de la medicina preventiva ¿por qué sois enemigo de la prudencia que es tambien una medicina moral preventiva?—Sarah, no me interrumpais, yo no os he pedido té.

Sarah se volvió hácia el dorso de su Canapé indicando por un gesto particular al doctor Joung que ella no sabia medio alguno para impedir á su dueña de hablar, porque todos los habia agotado.

—Hágame V. la gracia de escucharme. Mi dote del cual os he hablado hace pocas considerable; pertenecerá á Lucy. Si yo mue-

ro antes de su mayoría. ¡su padre tendrá el goce hasta la época de emancipación: la ley le dá este derecho! ¡Imaginad como ejercerá este derecho. Yo me horrorizo! Son diez años, diez años pueden ser de miseria, de desgracia para Lucy. Pobre Lucy, añadió, pasando melancólicamente la mano sobre los cabellos ondulante, de su hija.

Mistriss Philipps, afecta beber una gran taza de té.

—Vamos Lucy, interrumpió el doctor, no irriteis siempre al perro, os morderá al fin.

Lucy no provocaba al perro; pero el Doctor tenía necesidad de dar otro rumbo á la conversacion.

Sarah sin saber lo que se hacia azucaraba por tercera vez la taza de té.

—En este estado las cosas, Doctor, seria preciso vender las propiedades de las cuales se compone mi dote y confiar el valor numerario á la probidad de un amigo, que muerta yo lo restituyese bajo mano á mi hija ó lo hiciese producir. Este es el modo de echar á un lado la fatal tutela de su padre y Lucy se salvaria; este amigo es bien difícil de encontrar, añadió ella, tomando su hija y poniéndola en los brazos del Doctor.

—Pero corre tanta prisa Mistriss Philipps? Vuestra imaginacion demasiado viva abusa de vos, creedme. Vuestra salud es mejor que

vuestra opinion sobre ella.

—Sea. Que perderemos con estas precauciones? Yo dormiré mejor, y duermo muy poco Doctor. El argumento de la salud fué concluyente.—Yo compro pues vuestras propiedades; y nó habré poseido tanto en mi vida.

—Tomad nota con lapiz señor Joung.

Tres huertos en el WelCmorelad, mis pastos en Lincolnshire, una mina en el Cornuailles, mis caserios en el Midlesex; Burns, mi notario, os entregará el cuaderno de los cargos. Os esperaré mañana à comer Sr. Joung. Bajo la afectacion de indiferencia con la cual Mistress Philipps disponia de sus bienes, el Doctor no apercibió el desfallecimiento rápido de aquella buena y atenta madre. No osa mas reprenderla sobre sus funestas previsiones cuando viendo à esta jóven mujer de 28 años apenas, estinguirse, palidecer de dia en dia, sus dientes tomar el brillo extraordinario que no existia ya en sus ojos. Habitudo por la observacion à los signos de una decadencia próxima, gemia de ver que la sensibilidad de Mistres Philipps se acrecentaba de una manera extraordinaria. Al menor ruido se despertaba en sobresalto, el olor mas dulce le hacia caer en desfallecimiento, y sus lágrimas corrian à pesar de ella en surcos silenciosos à lo largo de sus mejillas desde que los primeros sonidos de la música lle-

gaban á sus oídos. Su nariz delgada y transparente, sus dedos descarnados, afilados y pálidos como la cera, se contraían si una nube cargada de electricidad ocultaba el día. Estas organizaciones tienen la vida de las flores; ellas siguen de su corola odorífera la marcha del sol; ellas mueren al crepúsculo.

Lucy estaba dormida en los brazos del doctor; después de haberla llevado á su cuna tomó cordialmente la mano de su madre y le dijo: acostaos también Mistress Philipps, vos estais agitada muy agitada, vos teneis la piel ardiente.

Sarah preparad un caldo de pollo á la Señora.

Dios os dé una buena noche!

El Doctor se retira.

Mistress Philipps cae en el fondo de su butaca delante de los últimos resplandores del fuego de la tarde.

La desgracia doméstica de Mistress Philipps tenia su origen vano en un matrimonio de orgullo, impuesto por la estúpida ambición de su padre, rico comerciante de hierro de la Cite. Un par de Inglaterra arruinado, habia ofrecido cambiar su pergamino y su hijo, con la bella, la interesante y la fresca Ana Wilkin. Imaginad que un título era la mas bella cifra para completar una fortuna que el comercio no podia ya ha-

cer mas grande, y el comerciante de hierro Wilkim creyó deber especular sobre su hijo y lo casó al contado. No podia tal union producir buen resultado, y fué en efecto fecondo en desgracias. Mistress Philipps transformada en grande, cesa por conveniencia de frecuentar el trato de sus amigas, hijas de comerciantes; y las grandes damas, por conveniencia tambien, no querian la sociedad de aquella que habia vendido para sus castillos los obgetos de ferreteria. De esto resultó la soledad mas completa alrededor de la triste Ana Wilkini; no la consolaba ni aun su marido, y dia y noche estaba ocupada en sacarle los escudos que habia heredado de su buen padre. Lord Philipps jugaba á la bolsa, industria de aquellos que no tienen otra: ganaba, perdia; pero como las eventualidades políticas, reguladoras del alza y baja del crédito del Estado no producian [siempre las chanzas deseadas, el noble Lord se fatigaba en seguir sus caprichos; y en su audacia, falsifica las novedades públicas y no perdona medios de poner sus caudales en circulacion; sale bien la primera vez, y le valió la segunda la deportacion. Aunque no tenia motivos de apreciar mucho á su marido, Mistress Philipps no fué por eso menos afligida por la condena de destierro. Una parte de su deshonor pudie-

ra ser que recayese sobre su casa, sobre su hija Lucy, nacida en esta triste época de su vida; su dolor no fué mitigado por la esperanza de que lord Philipps volviese corregido por el infortunio; sus cartas escritas desde Sirdeney en la Nueva Gales, se reducian á perpetuas demandas de plata, formuladas con amenazas y con infames deseos de ver morir pronto á su muger para hacer la gestion de sus bienes hasta la mayoría de su hija Lucy.

¿Se comprenderá ahora, por qué Mistress Philipps manifestaba al doctor tanto interés para asegurar la suerte de Lucy?

La debilidad puso á Mistress Philipps, en un estado que parecia dormitar, las manos puestas sobre su corazon indicaban su natural sufrimiento.

Rog dormia á sus pies, con el morrito y las patas en la ceniza todavia caliente.

Los últimos resplandores de algunos carbones encendidos iluminaban el collar de cobre que adornaba el cuello de Rog, alrededor del cual se dibujaban en negro tres palomas, arma de los Philipps, y estas palabras: «Yo pertenezco á la buena pequeña condesa Lucy.

Se continuará.



La desgracia es el vínculo mas simpático entre las almas privilegiadas.

II.

En el año 1458, reinando en Castilla Enrique IV figuraba el conde de B. anciano ya y achacoso, pero tan bueno y afable, que, por donde quiera que iba, todos le saludaban como à su bienhechor; por que el conde contra la costumbre de aquella época, era mas bien el padre que el señor de sus vasallos.

En una de las mas alegres tardes de primavera del año que queda citado, y pocas horas antes de oscurecer, el conde se hallaba sentado en un primoroso sillón de terciopelo recamado de oro, hablando con una hermosa niña de cabellos y ojos negros que le escuchaba estática desde el cogin en que yacia à sus pies. Contábale el buen conde las glorias de su familia y las victorias que habia alcanzado contra los moros, con toda la naturalidad de su alma bondadosa, y referíala con cierto orgullo cuándo y de qué modo tomó juramento à don Juan II de Castilla; cómo ajustó la paz este rey y el de Portugal, don Alonso V el Africano; cómo trajo de aquel reino à la infanta doña Blanca para casarla con el rey Enrique IV; cuánto tiempo fué embajador de don

Juan II en la corte de Carlos VI de Francia, y otras mil cosas por el estilo, que aunque no todas comprensibles para la niña, la tenían de tal modo absorta y distraída, que no oyó como su abuelo, (el conde) los desaforados gritos que daban en el patio del castillo.

—A dónde vas? dijo la niña al abuelito, viendo que este se alzaba trabajosamente de su sillón.

—No escuchas esos gritos y esa algazara?... Voy á ver la causa que los produce, la replicó andando apresuradamente.

Leonor le siguió.

—Al asomarse á la ventana hallaron que la bulla provenía de los golpes que daban á un pobre niño, á quien rodeaba una turba de palafreneros y mozos de cuadra que se reían de los gestos y lamentos que le arrancaba el dolor producido por los latigazos.

—¿Qué hacéis á ese infeliz, Martino? gritó el conde con voz colérica.

Entonces todos se volvieron á la ventana, se descubrieron con respecto y Martino que era el que azotaba al niño, respondió con humilde hipocresía.

—Señor, le estoy dando una felpa por abandonado. Lo mantenemos para que lleve los caballos á beber al río todos los días á las doce, y el bribonzuelo, despues de al-

morzar bien esta mañana, no ha parecido hasta ahora á cumplir con su obligacion.

El pobre niño que apenas contaba doce años de edad, tendido en el suelo por los golpes que le sacudieron, y sin dejar de sollozar, alzó sus ojos á la ventana, y con espresion suplicante.

«Tengo á mi madre enferma», dijo, y el llanto ahogó de nuevo su voz.

—Dejarle, gritó Leonor, que así se llamaba la niña.

—Dejarle repitió el conde: y cuidado que semejantes escenas se reproduzcan en mi casa.

A este mandato todos se separaron y quedó solo el niño regando el suelo con sus lágrimas.

—Abuelo, dijo la niña, manda subir á ese infeliz.

—Y para qué, querida mía?

—Porque me dá mucha lástima.

—Mejor sería echarle algunas monedas...

—Eso no basta Abuelo mio, para consolarlo; yo quiero hacer algo por él... ¡Pobrecillo, castigarlo tan cruelmente por una falta tan leve, y cuando la ha cometido por asistir á su madre!...

—Hágase, pues, tu voluntad, replicó el anciano, yo no quiero tampoco contrariar

tus buenas inclinaciones; y mandó subir al niño.

Cuando este se presentó en la lujosa cámara, aun iba enjugándose las lágrimas. Era hermoso: cabellos rubios ensortijados naturalmente, cutis blanquísimo, ojos azules y mejillas de rosa. Apesar de su pobre traje hecho girones y manchado, y á pesar de sus ojos enrojecidos y su rostro descompuesto, el niño interesó tanto á Leonor que se le acercó visiblemente conmovida.

—Cómo te llamas? le preguntó.

—Julio, tartamudeó el joven, asombrado de verse en una sala tan ricamente adornada y delante del poderoso conde.

—Pues bien, Julio, desde hoy eres mi page, dijo la niña.

—Cómo tu page? repuso el anciano.

—Mi page, abuelo mio, si tu lo permites.

El anciano que adoraba á su nieta, y solamente deseaba darle gusto, se encogió de hombros, significando con un gesto su asentimiento, y el niño se estremeció al aspecto de tanta dicha.

—Y no es este solo el favor que tengo que pedirte, añadió Leonor, dirigiéndose á su abuelo; quiero ahora mismo des la orden para que despidan á Martino.

—¡Niña!... estas loca? dijo el anciano con tono bondadoso... Martino es un buen hom-

bre y un buen servidor.

—No puede ser buen servidor quien se complace en hacer daño á los demas. ¿No veias aquella risa infernal con que contestaba á los lamentos de esta pobre criatura?... ¡Oh! Martino tiene por fuerza un corazon de hiena, y no debes tener ese hombre á tu servicio; ¡tu que eres tan bueno y tan bondadoso!... Si no lo quieres despedir mandalo á alguna de tus tierras donde yo no le vea, porque su presencia me hace mucho daño: ademas un hombre de corazon tan duro debe ser muy perjudicial á sus semejantes, y no dudo que con esto harias un bien á la sociedad.

—Se despedirá á Martino, dijo el conde, como convencido, y sin manifestar el menor interés en conservar en su casa al palafrenero.

—Es que yo, abuelo mio, desearia que fuese hoy mismo.

—Sea como tu lo quieras. Y dió la orden para despedir al criado.

—Sois un ángel, murmuró el niño cayendo á sus pies y besando la punta de sus vestidos; añadiendo luego; pero nunca consentiré yo que por mi culpa,...

—No: Julio, interrumpió Leonor; Martino es un hombre malvado, Martino tiene un mal corazon, puesto que se complacia en atormen-

parte, y Martino se ha hecho digno del castigo.

Al siguiente día Martino fué despedido de la casa con recomendacion para trabajar en unas tierras que el conde poseia á unas veinte millas de distancia. En el mismo día Julio fué elevado á la categoria de page de la señorita Leonor. Este cambio tan repentino en la posicion de Julio, no dejó de producir su efecto entre los que antes le conocian, especialmente en los mozos de cuadra, quienes envidiosos de aquella metamorfosis, dieron en la maligna idea de insultarle, hasta tirarle piedras ó hacerle mal cuando pasaba por su lado; pero todos fueron despedidos sucesivamente en castigo de estas demasías. La jóven condesita lo habia tomado bajo su proteccion, y llegó bien pronto á ser tan respetado como si perteneciera á la ilustre familia del conde.

En los primeros dias al page le parecia estar soñando; pues no creia fuese real una felicidad tan grande. Poco á poco fué persuadiéndose, y convencido de que aquello no era una ilusion, una mañana muy temprana en que el conde y Leonor salian del cuarto de aquel con direccion al jardin, echóse á sus pies lleno de reconocimiento derramando con la mayor efusion lágrimas que regaban el pavimento de la antecámara.

—Alza, Julio, le dijo el conde: esas lágrimas que viertes son un testimonio de tu buen corazón: ellas prueban hasta la evidencia la educación, que, aun que de padres pobres, has recibido. Y á propósito de padres, creo si mal no recuerdo haberte oído decir tenias madre, quién es? dónde esta?

Sr. conde, mi madre es una muger ya anciana; padece una enfermedad hace algun tiempo, y creo que si Dios con su benéfico influjo no la salva, indudablemente sucumbirá á impulso de tan grave mal. Un médico que por caridad la visitaba me lo ha manifestado en diferentes ocasiones. Tu madre, niño, me decia, se halla muy delicada, y la falta de buenos alimentos precipitará su muerte. Tal vez un buen régimen sirviese de paliativo y la hiciese vivir algunos meses mas. Esto me decia el médico; á mí que amo con delirio á mi pobre madre, á mí que sufriria las mayores penalidades por librarle de una muerte casi segura, á mí que por ser tan niño todavia no podia hacer mas que implorar el socorro de las almas caritativas; porque no tengo fuerzas aun para trabajar, y darle por este medio el sustento necesario; pero afortunadamente en el dia está disfrutando, aunque enferma todavia, de las mayores comodidades, gracias al generoso corazón de esta se

ñorita, y señaló á Leonor.

El conde al oír esta relacion, lleno del mas vivo entusiasmo imprimió un beso paternal en la frente de su querida nieta.

—Hija mia, exclamó, lo que acabo de oír me prueba la grandeza de tu alma y la elevacion de tus sentimientos. Esa accion es heroica, sublime en una criatura de tus años.

No puedo menos de manifestarte la satisfaccion que esperimento en este instante: te contemplo con orgullo, porque comprendo que los gérmenes de sana moral se hallan bien arraigados en tu corazon; prosigue hija mia en el camino que has empezado, y nunca te desvies de él. Sigue con nosotros, añadió luego volviéndose á Julio.

El page henchido su pecho de la mas grata alegría al ver que el conde no solo aprobaba lo que Leonor habia hecho por su madre, si es que aun la estimulaba, seguia á sus señores dirigiéndoles la vista llena de reconocimiento.

Apenas llegados al jardin, el conde y Leonor dieron un ligero paseo, luego se dirigieron á un invernáculo que se hallaba situado en uno de los ángulos del jardin y tomaron asiento. Allí encontraron al pagecillo que con la mayor destreza estaba arreglando un ramito que puso en manos de Leonor. Esta al ver la solicitud de Julio,

tomó el ramo y dirigiéndole una espresiva mirada, dijo con candor: «gracias, Julio, habéis tenido gusto en la elección de las flores.» Mientras que Julio y Leonor se entretenían en estas cositas, propias de su edad, velase al conde absorto y distraído. No parecía sino que una idea vagaba por su cerebro y preocupaba tristemente su ánimo. Así era, pues que al poco rato hizo que Julio se retirara y que Leonor se le acercase. Hija mía, la dijo: cuentas doce años de edad, y tu no sabes los deberes que pesan ya sobre tí. La muger necesita ser educada, instruida, y tu, aun cuando no careces de estas partes esenciales de la vida humana, necesitassin embargo fortificarlas, robustecerlas. A este fin he determinado mandarte à un colegio cuya directora fué amiga de tu mamá, y no dudo que con la bondad de tu carácter y el superior talento de aquella señora, antes de dos años habrás adquirido los conocimientos que debe tener una muger. La casa, Leonor, el trato de las gentes, y en fin la sociedad, exigen estos principios; y me remorderia la conciencia, si por no separarme de tí, te privase de ellas. Si, hija mía, se me tomaria por un egoísta sino me determinase; pero conozco la imperiosa necesidad que hay de hacerlo, y apesar de la violencia que me causa, está ya resuelto.

—Pues bien, padre mio, ya sabeis que ja-

más he contrariado vuestras disposiciones; siempre las he acatado y obedecido; tanto más, cuanto que todas ellas tienden al provecho mio. Mas quisiera hacer os una indicación.....

—Habla, Leonor, repuso el anciano, que ya escucho.

—La sencillez de Julio, continuó la niña, su trato, y sobre todo su desgraciada posición me han interesado en gran manera y desearia que durante mi ausencia se le dispensasen las mismas consideraciones que hoy tiene en la casa: Si, padre mio, le quiero mucho; siento un no sé qué hacia él, y este sentimiento creo es puro, sencillo, inocente, un amor fraternal, inspirado tal vez por la vista de su desgracia.

—Basta, hija mia, basta, le interrumpió el Conde; comprendo la nobleza de tu alma, y al considerarla, lleno de orgullo, puedo asegurarte que Julio será respetado, y que disfrutará en nuestra casa de las mismas preeminencias que hoy goza.

En este momento, Julio muy ageno de que él fuese el objeto de la conversacion de sus señores, se acercaba á estos para recibir sus órdenes.

El conde, luego que estuvo cerca, con la afabilidad que le caracterizaba, ve, Julio, le dijo, haz que se disponga el almuerzo que

pronto estaremos á la mesa.

Al poco tiempo, despues de haber almorzado, Leonor con sus criadas se ocupaban en los preparativos del viage, mientras que el conde daba sus órdenes al cochero que la habia de conducir.

Prescindamos por un momento del conde, de Leonor y del page, y veamos la conspiracion que se fraguaba para turbar la tranquilidad de aquella pacífica casa.

A. P.

La mora encantada.

CONTINUACION.

Desde aquella época, Zaragoza, Tarazona, Ariza, Calatayud, Epila, Riela, Daroca y otras muchas villas y lugares fueron abandonados por los moros y pobladas por los cristianos conquistadores que convirtieron en templos sus mezquitas y en torres sus minaretes y atalayas. La ciudad de Daroca en aquel tiempo ocupaba la parte meridional del barranco en que ahora se halla, y estaba como reclinada en la ladera del cerro que actualmente se llama de San Cristobal. Tenia la figura de una C y estaba resguardada del

viento norte por la montaña que ves en cuya cima está situado el castillo que fué construido por los Romanos, con aquel famoso elemento que ellos tan solo conocian capaz de desafiar a la destructora mano del tiempo. Desde aquella época empezaron à construirse las murallas, y hasta el año 1460 se edificaron las soberbias torres de silleria que à pesar de haber transcurrido 4 siglos estan hoy cual si acabasen de salir de las manos del cantero. Dedúcese fácilmente la importancia de esta ciudad y lo numeroso de su poblacion con solo considerar su estenso recinto y el número de parroquias que en lo antiguo subian à 13. Además recorriendo la historia encontramos varios reyes que han celebrado sus cortes en Daroca en los siglos 12, 13 y 14, siendo célebres entre otras las que en 1338 celebró D. Pedro 4.º en las cuales se trató y concluyó la paz con Castilla, de manera que en aquellos tiempos gozó grandisimos y señalados privilegios.

A principios de este siglo, aunque aminorado considerablemente su esplendor, no dejaba de tener en sí los necesarios elementos para brillar como la que más entre las de su clase en Aragon, porque contaba con una jurisdiccion civil sobre 117 pueblos, con dos carreteras principales que la cruzaban, una porcion de comunidades religiosas entre ellas

los PP. de las Escuelas Pias á cuyas aulas concurrían centenares de estudiantes que acrecentaban su riqueza.

Hoy de todas sus glorias pasadas no le quedan mas que sus viejas murallas y 450 casas que van arruinándose poco á poco merced á la pobreza de sus habitantes entregados exclusivamente á los recursos de su suelo.

-Por lo visto amigo Enrique esto no es mas que un esqueleto de ciudad.

-Tu lo has dicho, un esqueleto que cada dia va ostentándose en un estado mas lastimoso.

Los dos amigos llegaban en aquel momento á las puertas de la poblacion, y poco despues se apeaban en casa de un amigo de Enrique rico propietario que habia salido á recibirlos.

El Castillo.

Singular casualidad amigo mio, decia el dueño de la casa en que estaban hospedados los viajeros, esta mañana hablaba de ti á mis hijas con sentimiento de que no estuvieses aquí esta noche.

-De qué se trataba preguntó Enrique con curiosidad.

-Habíamos determinado visitar esta noche las ruinas del castillo porque como mañana es S. Juan y aparece en tal dia la mora encantada deseabamos saber á punto fijo si du-

rante la noche sucede algo extraordinario y decia yo á Paula y Dolores que nadie como tu podria ilustrar nuestra expedicion puesto que segun me tenias dicho en tus cartas poseias un antiquísimo manuscrito que trata del asunto.

Se continuará.

CHARADA.

Yo no sé si es nombre propio
ó es apodo, la palabra
que en combinacion te forman
las sílabas prima y cuarta.

No sé tampoco la historia
ni he leído las hazañas
del hombre á quien representan
las sílabas indicadas;
pero si sabré decirte
que al que lo ageno arrebató
sutilmente y con destreza,
con este hombre le comparan.
¿Y sabes por que lo hacia?
te lo hare ver á las claras;
solo por volverse pronto
lo que dicen terciá y cuarta.
Pero yo á fe de cristiano
te declaro sin tardanza
que no usaré tales medios

ni pienso manchar mi fama,
y preferiré que el mundo
me compare con las ratas.

Mi cuarta y prima te indican
una fruta regalada
que las indias Orientales
producen con abundancia.
A la vez te manifiestan
cierto peinado que llaman....
pero... dilo tu, que es facil
puesto que lo usan las damas.
La niña que en su peinado
haga uso de esta artimaña
le encargo de todas veras
que no sea exagerada
pues mi segunda y primera
aunque le parezca mala
le pondrán de manifiesto
la palabra que le cuadra,
cualidad que á toda costa
debe evitar, si apreciada
quiere ser en este mundo
de toda gente sensata.
Aun hay mas combinaciones
pero prefiero dejarlas
para que no se prolongue
demasiado esta charada.

Mi todo es fluido tan sutil
que al duro mármol traspasa
y sus grandiosos efectos

al naturalista agradan.
Es agente que produce
modificaciones varias.
Con su influjo bienhechor
el crudo invierno se espanta
la naturaleza rie
y los cuerpos se dilatan
los pajaritos se alegran
y sus niditos preparan
y mil giros ejecutan
volando de mata en mata.
No quiero darte mas datos
porque creo que estos bastan;
solo quiero que en mi todo
veas la mano tan sabia
que obró prodigios tan grandes
con una sola palabra.

J. P.

NOTA.

Por una causa involuntaria no pudimos dar en el mes pasado, este número; pero en el actual se completará el tomo como tenemos ofrecido.

Zaragoza.—Imprenta de Cristóbal Juste.